

UN LUGAR PARA TODOS

En un rincón del bosque, donde el Sol apenas se colaba entre las ramas y el aire estaba lleno del aroma fresco de la tierra, se organizó una reunión inesperada. Los animales, grandes y pequeños, de diferentes formas, colores y tamaños, se reunieron en torno a un viejo roble. Al parecer, cada uno quería dejar en claro que su vida y su esfuerzo importaban, que todos aportaban algo a este mundo. Así que, uno a uno, comenzaron a contar su historia.

El oso fue el primero en hablar. Su voz era profunda, y al principio, un poco tímida, pero se fue llenando de orgullo mientras explicaba: “Yo soy el que recorre grandes distancias en el bosque, el que mueve piedras y abre ríos. Donde paso, marco el terreno y dejo un camino claro para los que vienen detrás. Con mi fuerza, mantengo a salvo el bosque y protejo el equilibrio en el que todos vivimos.”

El águila, que estaba posada en una de las ramas más altas del roble, extendió sus alas y habló con voz firme: “Yo, desde el cielo, veo cosas que otros no pueden. Mi vista es tan buena que detecto cualquier peligro a kilómetros de distancia. Cuando veo una amenaza, lanzo un grito que resuena en todo el bosque. Mi misión es cuidar de todos desde lo alto.”

Luego fue el turno de la rana, que dio un par de saltos hacia el centro, llamando la atención con su piel verde y brillante. Con una voz bajita pero segura, dijo: “Yo sé que soy pequeña, y no tengo la fuerza del oso ni la vista del águila. Pero yo anuncio las lluvias, mi canto llena el aire justo antes de que el agua caiga sobre el bosque. Y cuando eso pasa, me encargo de limpiar los estanques y ríos de insectos, para que el agua esté siempre viva y limpia. Sin mí, el bosque no sería el mismo.”

Una abeja, que estaba alrededor, decidió unirse a la conversación. A pesar de su tamaño diminuto, habló con determinación. “Yo soy pequeña y débil, y muchos ni siquiera notan mi presencia. Pero sin mí, las flores no se convertirían en frutos, y el bosque no florecería igual. Viajo de flor en flor, llevando polen, y gracias a mí, los árboles y plantas siguen creciendo. Mi trabajo puede parecer invisible, pero es vital para todos vosotros.”

La serpiente, hasta entonces silenciosa, se deslizó lentamente hacia el centro. Con calma, explicó: “Sé que muchos me temen por mi aspecto y porque me deslizo en silencio. Pero gracias a mí, los ratones no se multiplican demasiado y no acaban con las semillas. Mantengo el equilibrio entre los animales pequeños, para que el bosque no se des controle. Puedo parecer peligrosa, pero también tengo mi lugar aquí.”

Cuando todos terminaron de hablar, cada animal se dio cuenta de algo que no habían notado antes, cada uno de ellos era importante. Desde el oso hasta la abeja, desde el águila hasta la pequeña rana, todos contribuían para que el bosque y el mundo siguieran en armonía. A pesar de sus diferencias, compartían un mismo objetivo, proteger el lugar que todos llamaban hogar.

El viejo roble, que había escuchado en silencio, dejó caer una hoja dorada, como si quisiera darles su bendición. Entonces, habló con una voz baja y suave, que parecía resonar en cada rincón del bosque. “Ustedes, cada uno de ustedes, tienen un propósito especial. No importa su tamaño, su forma o su fuerza, todos son importantes. La naturaleza funciona porque cada uno aporta algo, por pequeño que sea. Aquí, en este bosque, todos somos iguales.”

Los animales se miraron entre sí, y aunque sus vidas seguirían siendo distintas, todos entendieron que, en el fondo, compartían algo más grande. Se separaron con la promesa de respetar y valorar el papel de cada uno, porque al final, todos hacían falta para mantener el equilibrio en su hogar común, la Tierra.

Desde entonces, cuando alguien dudaba de su importancia en el bosque, solo tenía que recordar esa reunión bajo el viejo roble en la que aprendieron que, “Todos somos iguales.”

Luan Mayoral Tang

Adulto

Escola Solc Nou

luan.mayoral@solcnou.es